

las divisiones intestinas en que aquel reino ardia, y en que tenian gran parte las nuevas opiniones religiosas que se habian extendido en él.

Habíanse propagado estas tambien rápidamente en los Países Bajos, y Felipe, concluida la paz con Francia, trató de extinguirlas dictando con este objeto las medidas mas severas. Aunque comenzaban ya á asomar las inquietudes que terminaron en una guerra tan larga y funesta, Felipe resolvió volver á España, dejando por gobernadora á su hermana D^a Margarita, duquesa de Parma, á cuyo hijo Alejandro Farnesio llevó consigo, á pretexto de que se educase en España, pero segun se sospechó, como una especie de seguridad de la conducta de la duquesa. Las tropas españolas é italianas que quedaron en aquellas provincias, fueron motivo de queja, pues los estados que Felipe convocó ántes de su partida, manifestaron que era una violacion de sus privilegios, el mantener en ellas tropas extrangeras en tiempo de paz, y aunque Felipe, para disminuir la oposicion que encontraba, ofreció el mando de estas tropas al príncipe de Orange y al conde de Egmont, ambos lo rehusaron.

Dejando, pues, los Países Bajos en este estado de inquietud, Felipe se embarcó para volver á España, acompañándole una escuadra de sesenta bajeles, y llegó con felicidad á Laredo el 29 de Agosto de 1559, pero apenas habia puesto el pié en tierra, cuando se levantó una tempestad furiosa que hizo percer mu-

chos buques, con muerte de mas de mil personas, y perdiéndose con ellos la rica coleccion de estátuas y pinturas, que el emperador Carlos V, muy afecto á las bellas artes, habia formado en sus viages en Italia y Alemania. Habiéndose librado de tan gran peligro, y en reconocimiento del beneficio que Dios le habia dispensado, Felipe hizo pública su resolucion de emplear todo su poder, en defensa de la fé católica y para la extirpacion de las heregías. Desde este momento, vamos á ver á Felipe II combatiendo á brazo partido con las nuevas doctrinas, y bien penetrado de la gran trascendencia que estas tenian, tanto en lo religioso como en lo político; persuadido que en la lucha que emprendia no cabia transaccion alguna; le veremos no embarazarse en cuanto á los medios, ni arredrarse por la sangre que se habia de derramar: si fué menester hacer correr torrentes de ella, no se economizó: si las hogueras hubieron de encenderse y los cadalsos de alzarse, aquellas se encendieron y estos se levantaron en todas partes. En España logró el objeto que se propuso, pues el progreso de las opiniones reformistas se cortó absolutamente por medio de la inquisicion, que fué autorizada por una bula del papa á proceder contra los que las profesaban, y la unidad religiosa se conservó hasta nuestros dias, no obstante que estas opiniones habian sido tan bien acogidas, que aun el arzobispo de Toledo Carranza fué acusado de haber participado en ellas, y

procesado, primero por la inquisicion y luego trasladado á Roma, no fué absuelto sino retractando las proposiciones que habia asentado en su catecismo, y sometiéndose á una penitencia que duró hasta su muerte. En los Países Bajos, mas próximos al foco de la reforma y sostenidos por las potencias inmediatas, el resultado fué muy diverso y la lucha, no solo en materias de religion, sino en asuntos políticos que se cubrian con aquel título, se empeñó de una manera tan tenaz y sangrienta, que ella va á ser el asunto principal de casi todo lo que tendremos que decir, tratando del gobierno de los príncipes de la dinastía austro-española. La reina D^a Isabel de la Paz llegó á Roncesvalles el 4 de Enero de 1560, y en Guadalajara se ratificó el matrimonio, de donde pasó con el rey á Toledo, y en las cortes que allí se celebraron, fué reconocido por heredero de la corona el príncipe D. Cárlos.

Otros cuidados llamaban al mismo tiempo la atencion de Felipe en la vasta extension de sus estados. Los corsarios de las costas de Africa, protegidos por el emperador de los turcos Soliman, tenian en continua inquietud las provincias confinantes con el Mediterráneo, tanto en España como en Italia, y para la defensa de unas y otras, se armó una escuadra de cien bajeles con catorce mil soldados, con la que salió á la mar el virey de Nápoles, duque de Medina Celi, y aunque retardada la expedicion por los vien-

tos contrarios y muertos cerca de cuatro mil hombres por las enfermedades epidémicas, se apoderó de la isla de Zerbi ó Gerbes, que está poco distante de Trípoli, pero informado el duque de que el almirante turco Piali, unido al célebre corsario Dragut, iban á atacarlo con fuerzas superiores, abandonó la isla, retirándose en el mayor desorden, dejando en la fortaleza una corta guarnicion á las órdenes de D. Alvaro de Sande. Este bizarro oficial se defendió con el mayor valor, y hallándose sin esperanza de ser socorrido, sin agua, ni víveres, ni municiones, propuso á la tropa que le quedaba, hacer una salida para morir con las armas en la mano, ántes que rendirse, cuya resolucion fué recibida con aplauso por sus soldados; lograron estos en su atrevida empresa apoderarse de tres trincheras enemigas, y llegaron hasta la tienda del general, pero habiendo perecido casi todos, D. Alvaro se retiró con pocos á la playa y continuó defendiéndose en un casco de galera que estaba encallado en ella, y obligado á ceder al mayor número, fué hecho prisionero y tratándolo con toda la consideracion debida á su valor, lo llevaron á Constantinopla con otros oficiales y personas de distincion, que recobraron su libertad en virtud del tratado de paz que el emperador de Alemania celebró por este tiempo con el de Turquía. Las operaciones militares siguieron con empeño en las costas de Africa, en donde los españoles, mandados por D. García de Toledo, se apoderaron del pe-

ñon de Vélez, plaza que se consideraba como inexpugnable.

El auxilio que para todas estas expediciones habian prestado al rey de España los caballeros de Malta, quienes al mismo tiempo recorrían con sus galeras el Mediterráneo, haciendo muchas presas de bajeles turcos, hizo que Soliman resolviese atacarlos en su isla y apoderarse de ella. Armóse una escuadra formidable que mandaba Piali, á cuyo bordo se embarcó un ejército numeroso, teniendo á su cabeza á Mustafá, general afamado en las guerras de Asia, y se dió orden á los vireyes de Argel y Trípoli, que auxiliasen con sus corsarios las operaciones del sitio. El gran maestro Juan Parisot de la Valette, informado por sus espías en Constantinopla, que este grande armamento se dirigia contra Malta, pidió auxilio á todos los príncipes cristianos, quienes distraídos en otras atenciones, no le prestaron ninguno, y solo el rey de España, á la verdad mas interesado en ello que los demas, dió orden al virey de Sicilia D. García de Toledo, para que aprestase en Mesina una escuadra poderosa y escribió á todos sus aliados y ministros en Italia, á fin que levantasen veinte mil hombres, que estuviesen prontos á embarcarse á la primera orden. El sitio de Malta, comenzado á mediados de Mayo de 1565, se ha hecho célebre en la historia, por los ejemplos heróicos de valor y constancia que han eternizado el nombre del gran maestro La Va-

lette y de sus caballeros. Cuatrocientos de estos, que pueden llamarse otros tantos héroes, con ocho mil soldados, resistieron durante tres meses y medio de continuo pelear, á un ejército de cuarenta y cinco mil hombres, con un número inmenso de cautivos cristianos que eran empleados como zapadores, con una artillería formidable, empleando máquinas y artificios hasta entónces desconocidos en el arte de los sitios, y apoyado por una escuadra de doscientas velas y por todo el poder del imperio otomano. Reducidos á la última extremidad, no tenían otra esperanza que en el socorro que les habia prometido el virey de Sicilia. Reunida ya la escuadra, puso este á su bordo un cuerpo de seis mil hombres españoles é italianos, bajo las órdenes de D. Alvaro de Sande, que tanta fama habia ganado en la isla de Gerves y de Ascanio de la Corna, que desembarcaron en el punto mas distante de los turcos. Mustafá, creyendo que habia llegado un ejército mas numeroso, á la primera noticia levantó el sitio, abandonando la artillería gruesa, y corrió precipitadamente á los buques, pero mejor informado, hizo volver á tierra sus tropas y marchó con ellas al encuentro del enemigo. Algunos oficiales extrangeros eran de opinion que se esperase á los turcos en el campamento, pero D. Alvaro, no obstante la gran desproporcion en el número, resolvió ir á recibirlos, y fué tan récio el ataque, que estos, consternados ya con las pérdidas que habian sufrido du-

rante el sitio, se pusieron en fuga y apenas pudieron salvarse en sus bajeles. La fama de estos grandes sucesos voló por toda la Europa, y sus ecos gloriosos resonaron hasta Méjico, dando motivo á un acto notable de generosidad de D. Alonso de Villaseca, fundador de los jesuitas en esta capital, que lleno de admiracion por el valor heróico del gran maestro y de sus caballeros, les hizo un donativo de mas de *sesenta mil pesos*, para contribuir á los gastos de la reposicion de las fortificaciones de la plaza (1).

Libre Felipe del cuidado en que los turcos le habian puesto, volvió toda su atencion á los Países Bajos. Los edictos publicados contra los protestantes eran tan rigurosos, que irritaron los ánimos de todos. La muerte en las llamas ó en el cadahalso era la pena, no solo de los que habian adoptado las nuevas opiniones, sino de los que les daban asilo en sus casas, ó no los denunciaban. Los bienes de los reos eran confiscados, y con ellos se recompensaban los delatores; para conocer de estas causas, se estableció un tribunal especial, y para aumentar el número de personas que vigilasen sobre la conservacion de la doctrina de la iglesia, se aumentó el número de obispos, poniendo uno en cada provincia. El obispo de Arras, Granvelle, que habia quedado por conseje-

(1) Alegre, Historia de la compañía de Jesus en Nueva España, tom. 1.º, lib. 2.º fol. 177. En el lugar respectivo de esta obra, hábrá ocasion de referir otros actos de generosidad no ménos notables de este hombre extraordinario.